

LA PROBLEMÁTICA DE LAS BIBLIOTECAS PERSONALES DE INSIGNES ESTUDIOSOS MEXICANOS

Felipe Meneses Tello*

Un hogar sin libros, es como un cuerpo sin alma.
Cicerón

El destino de muchos hombre dependió de haber existido o no una biblioteca en su casa paterna.
Edmundo de Amicis

En nuestro territorio por tradición, desde tiempos de la Colonia, arios estudiosos han constituido ricas bibliotecas personales o particulares. De aquellos lejanos años, se tiene conocimiento de las que pertenecieron a: Juana Ramírez de Asbaje, monja jerónima y mejor conocida como Sor Juana Inés de la Cruz;¹ Carlos de Sigüenza y Góngora, eminente sabio criollo;² Melchor Pérez de Soto, maestro mayor de obras de la Catedral Metropolitana y de las Casas Reales; Francisco Llores de Valdés,³ rector de los Reales Colegios de San Pedro y San Juan; Benito Díaz de Gamarra,⁴ maestro y rector del Colegio de San Francisco de Sales en San Miguel El Grande; y otros estudiosos.⁵ Trábulse al respecto escribió: “Durante toda la época colonial, México fue, hasta cierto punto, un lugar privilegiado en el aspecto bibliográfico. Poseyó la primera imprenta del Nuevo Mundo y comenzó a imprimir libros antes de que lo hicieran varias importantes ciudades europeas. Además, desde lecha temprana empezó a recibir remesas de los libros provenientes de distintos puntos de Europa, de tal manera que algunos de los más destacados humanistas, tales como don Vasco de Quiroga o Iray Juan de Zumárraga, pronto poseyeron bibliotecas en las que estaba representando lo más selecto del pensamiento occidental [. . .]”.⁶ En efecto, fueron varias las bibliotecas personales que en aquella época se formaron, las que por su valor bibliográfico podían compararse con las más importantes de Europa de aquel entonces. La literatura inherente a la historia de la Nueva España registra la existencia de arios bibliófilos y sabios-que se consagraron, en el ámbito de sus actividades intelectuales, a reunir ricas colecciones de libros que cuidaban con esmero y acrecentaban con celo extraordinario; asimismo, en los escritos especializados sobre la bibliografía mexicana colonial⁷ se muestra esta admirable labor.

Durante los años posteriores a la consumación de la independencia, destacarían las bibliotecas particulares de diferentes personalidades, tales como las de José María Andrade, librero y editor; José Fernando Ramírez,⁸ político e historiador; José María de Andrade y Sánchez, bibliófilo y bibliógrafo; Joaquín García Icazbalceta,⁹ bibliógrafo; y varias más.¹⁰ En el siglo XIX e inicios del presente destacarían, por ejemplo, la de Genaro García, editor e historiógrafo, y la cual se localiza en la Universidad de Texas (fig. 1); la de Emeterio Valverde Téllez,¹¹ prestigiado bibliófilo y bibliógrafo eclesiástico; la de Nicolás León,¹² polígrafo michoacano; la de Luis González Obregón, eminente bibliógrafo y denominado *Bibliografía viviente*, pues siempre contestaba

* Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.

satisfactoriamente a todas las consultas documentales que se le solicitaban o planteaban;¹³ y la de Genaro Estrada,¹⁴ insigne bibliógrafo y distinguido miembro de la Sociedad Mexicana de Bibliófilos, fundada en 1920.

La diáspora y el desamparo de las bibliotecas de casa, ¿riesgos eternos?

Desafortunadamente importantes bibliotecas personales formadas durante la Colonia y después de ésta, fueron, por diversas circunstancias, desarraigadas del territorio nacional, con destino a incrementar las bibliotecas de diferentes instituciones europeas y de los Estados Unidos de Norteamérica; y otras vendidas y desintegradas entre particulares extranjeros y nacionales, interesados en las joyas bibliográficas coleccionadas por ilustres mexicanos. La diáspora bibliográfica en México es el problema más grave que se ha venido presentando, sin duda, para los estudiosos de nuestro país que requieren consultar algún material editado entre los siglos XVI y que hayan sido parte de las colecciones personales formadas durante ese lapso, pues, en el caso de existir la obra, deben acudir al extranjero para analizar el patrimonio documental que debiera encontrarse en las estanterías de algunos de los sistemas bibliotecarios del país.

Al respecto hay quien opina con cierto optimismo, o considera como una especie de fábula o exageración el éxodo de aceros documentales mexicanos hacia otras latitudes. Un caso concreto es el punto de vista de Leonor Ortiz Monasterio, directora actual del Archivo General de la Nación: "Realmente la salida de documentos ha disminuido considerablemente. También es importante señalar que existe un cierto mito frente a la cantidad de documentos mexicanos que hay en el extranjero. Si comparamos con los que hay en el país, es poquísimo. Tal vez para cierta investigación sea muy útil la colección de la Biblioteca Latinoamericana de Austin, pero esto no quiere decir que todos los investigadores tengan que ir al extranjero: aquí tenemos 30 kilómetro de documentación a su servicio. Creo que se ha exagerado la importancia de los que están fuera del país".¹⁵

Analizando los comentarios de Ortiz Monasterio, es factible puntualizar que, en primero, la fuga de colecciones continúa, independientemente de la frecuencia y, en segundo, la existencia de documentos en el extranjero, que pertenecieron a diversas bibliotecas de estudiosos mexicanos, no sólo se debe observar en relación a la cantidad sino, principalmente, a la calidad. Por esta razón no es un mito, es una realidad que sólo los especialistas en la materia, como Miquel león Portilla, Juan B. Iguíniz, Agustín Millares Carlo, Lino Gómez Canedo, Joaquín Fernández de Córdoba y otros, han llegado a conocer con objetividad y precisión. A un grupo de investigadores ¿de qué le sirve tener a su alcance kilómetros de información, si lo que requiere es, por ejemplo,

uno de los impresos del siglo XVI de la biblioteca de José María Águeda y que se encuentra únicamente en la Universidad de Yale?

Un hecho actual es, por ejemplo, el estudio de Margarita Peña, investigadora de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, sobre la "Localización de comedias de Alarcón en bibliotecas alemanas", con el objetivo de analizar la influencia literaria de Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza, dramaturgo novohispano originario del Real de Minas de Taxco, Guerrero. Los centros bibliotecarios que visitó la Dra. Peña son: el estatal de Unter den Linden, el Herzog August Bibliothek de Wolfenbüttel, especializado en Romanística, el Posdamerestransee del Instituto Iberoamericano de Berlín, y el de la Universidad de Friburgo. En los tres primeros encontró excelente material de autores coetáneos de Alarcón como Tirso de Molina, Vélez de Guevara y Calderón de la Barca; en la biblioteca universitaria de Friburgo halló la primera parte de las comedias de Alarcón, publicada en 1628 por Juan González, en Madrid; y un ejemplar de la segunda parte de sus comedias, editada en 1634 en Barcelona, por un impresor catalán de nombre Sebastián de Cormellas. Al respecto Margarita Peña puntualizó: "Es inconcebible que en México no haya nada de Alarcón, en ediciones del XVII y del XVIII".¹⁶ En este sentido, ¿quién puede asegurar que ejemplares de esa índole no se encontraban en las bibliotecas de algunos de los estudiosos novo hispanos o posteriores a éstos y que, después de muertos, sus acervos fueron desintegrados y vendidos a extranjeros? ¿Qué biblioteca particular habría quizá podido tener algún volumen, no sólo de Alarcón, sino de otros tantos autores de la época colonial, que ahora no se encuentran en los acervos bibliotecarios mexicanos de instituciones que albergan patrimonios documentales de esa naturaleza?

Joaquín Fernández de Córdoba, con su libro intitulado *Tesoros bibliográficos de México en los Estados Unidos*,¹⁷ es uno de los autores que destaca sobre el estudio de la dispersión bibliográfica nacional. Sin duda que la obra de Fernández representa un testimonio fehaciente de la diáspora bibliográfica mexicana hacia el país vecino. Las declaraciones veraces que el autor plasma en su estudio permiten afirmar una vez más que la fuga de impresos y manuscritos de bibliotecas de notables intelectuales nacionales no es un mito, sino una realidad que hay que conocer para conscientizar a los que la desconocen. La síntesis de aquella publicación está en el cuadro I.

Con el propósito de ilustrar brevemente la diáspora bibliográfica, recordemos los casos de las bibliotecas de José María Andrade y la de Nicolás León. Por lo que respecta al primero se sabe que durante el imperio de Maximiliano (1864-1 867) se interesó el entonces régimen por establecer una Biblioteca Imperial; acorde a este objetivo, Agustín Fischer, capellán de Maximiliano, adquirió por compra el acervo de Andrade en 1865. Sin embargo, en virtud que el fin del gobierno francés se acercaba, Fischer,¹⁸ especialista en tráfico de libros, decidió llevarse la

valiosa colección a Europa y en 1869 (fig. 2) fueron adquiridos la mayor parte de los volúmenes por J. Whitaker, agente de un tal Hubert H. Bancroft, acaudalado librero y editor establecido en San Francisco, California, entre otros.¹⁹ Teixidor al referirse a la venta de aquella biblioteca personal apuntó:

El Señor Andrade reunió una biblioteca muy importante de obras raras y manuscritos referentes a la Historia de México, la que vendió a Maximiliano en 1865, para formar una Biblioteca Imperial. Se componía de 4,484 volúmenes por la que, según parece, recibió un bajo precio.

En los últimos días del Imperio, la biblioteca fue apresuradamente empacada en varias cajas [más de doscientas], transportadas a lomo de mula a Veracruz, embarcada con destino a Europa y vendida en pública subasta en la ciudad de Leipzig.²⁰

Sobre el mismo tenor Alatorre comentaría: “García Icazbalceta lamento en varias ocasiones la emigración de nuestros libros más raros al extranjero, a propósito, por ejemplo, de la venta de las bibliotecas de Fischer, de Andrade y de Ramírez. No sabía que la suya iba a correr la misma suerte, coma la correrían la de don Nicolás León y tantas otras”.²¹

La pérdida, a cuentagotas, de la biblioteca perteneciente a Nicolás León (fig. 3), es un caso especial en donde las necesidades monetarias, que en ciertas etapas de la vida padecen algunos intelectuales, es un posible factor que induce al dueño a desprenderse de sus preciadas colecciones. El autor de la *Bibliografía mexicana del siglo XVIII*, sin duda que formó una biblioteca con volúmenes de gran valía, que de no haber él mismo vendido, México conservaría ahora uno de los mejores acervos antiguos y albergaría quizá en la Biblioteca Nacional, recinto propicio para esta naturaleza de bienes culturales. Con respecto a la comercialización de libros que llevó a cabo el bibliógrafo michoacano se anota:

[. . .] el doctor León que muy pronto tuvo una numerosa familia que atender, se vio en muy comprometidas situaciones económicas y para remediarlas echó mano de sus libros. En 1896 formaliza sus sistemas de ventas publicando un catálogo sin precios, en donde anuncia obras rarísimas, principalmente en su apéndice titulado *Impresos mexicanos del siglo XVI y libros ejemplares únicos*. Siguió a este catálogo otro en 1897 de menos interés, pero marcando el precio de las obras en Francos. El librero de Leipzig, Karl W. Hiersemann, anunció también en varios catálogos libros procedentes de la biblioteca del Dr. León, y en 1914 aparece en Nueva York un catálogo de la biblioteca del Sr. Paul

Wilkinson, de la ciudad de México, en donde las mejores piezas ofrecidas en venta son de la misma procedencia.²²

Cabe agregar que aparte de las ventas de colecciones completas, Nicolás León ejerció el ofrecimiento de excelentes ejemplares de manera aislada.

El fenómeno actualmente prosigue, apenas en marzo de 1993 Andrés Henestrosa señaló:

Ayer fue la biblioteca de Antonio Castro Leal; hoy es la de Ignacio Rubio-Mañé la biblioteca que se pone en venta. Cosa nada extraña es que las bibliotecas de investigadores, bibliófilos o meros curiosos de la literatura una vez que han muerto, los deudores las pongan en venta, en ocasiones, sin apuros económicos, puesto que algunas pertenecieron a personas pudientes y aun ricos. Menos mal cuando las bibliotecas aludidas se venden en conjunto, ya en particulares, ya a instituciones extranjeras: generalmente a Estados Unidos. Se dice lo anterior, recordando que más de una vez la viuda vende el acero en pequeños lotes, [. . .].²³

Henestrosa recuerda que la biblioteca de Rubio-Mañé es de las más selectas y numerosas con documentos mexicanos de diferentes lugares de edición, lengua y época. “Rubio-Mañé –agrega Henestrosa- formó su biblioteca paciente, morosa, amorosamente. Hoy un libro y otro mañana, logró levantarla. Y es un dolor pensar que los esfuerzos, paciencia, escasos centavos que un mexicano dedica a la formación de estas instituciones se pierdan.” Ante estas circunstancias que dañan a la cultura bibliográfica de manera grave, el autor antes citado expresa: “más de una vez me he atrevido a sugerir al gobierno de la República la creación de un fondo que permita la adquisición de estos tesoros, que al fin y al cabo son de México.” Acontecimientos desagradables como los referidos se pueden conocer a través de la bibliografía en el presente escrito.

Los librereros anticuarios y de viejo, colaboradores en la disgregación de bibliotecas particulares

La dispersión de un gran número de impresos de bibliotecas creadas por distinguidos estudiosos mexicanos durante los siglos XVI, XVII y XVIII, se incrementó paulatinamente con el trabajo, a principios de este siglo, de la compraventa de acervos bibliográficos que practicaron sistemáticamente los librereros anticuarios y de ocasión.

Cuadro 1
Una muestra de la emigración de acervos bibliográficos mexicanos hacia los Estados Unidos, pertenecientes a diversas bibliotecas particulares

Nombre del propietario de la biblioteca	Características de la colección	Institución bibliotecaria	Sede
Nicolás León	Obras editadas entre 1550-1700, la mayoría en lenguas indígenas	Hispanic Society of America	Nueva York
José Fernando Ramírez	Manuscritos preciosos en lenguas indígenas	Newberry	Chicago
Nicolás León	Obras raras y curiosas en lengua tarasca	John Carter Brown	Providence
José María de Agreda y Sánchez	Impresos editados en la Nueva España	Yale University	New Haven
Agustín Fischer	Manuscritos con fecha entre 1716-1833	Michigan University	Ann Arbor
José María Andrade y José Fernández Ramírez	Impresos del siglo XVI y manuscritos inéditos de los siglos XVI al XVII	Sutro Branch Bancroft (California University)	Berkeley
José María Andrade	Impresos mexicanos del siglo XVI y manuscritos con fechas de 1763 a 1772	Henry E. Huntington	San Marino

Un ejemplo son los hermanos Porrúa, provenientes de España en las postrimerías del siglo XIX. Don José fue el primero en llegar, en 1886; le siguió don Indalecio en 1888 y, dos años más tarde, en 1890, a la temprana edad de trece años, Francisco. Los Porrúa decidieron emprender el negocio de la compraventa de libros de ocasión desde 1900, estableciendo para tal efecto una tienda en las antiguas calles de San Pedro y San Pablo; posteriormente, una década después, inauguraban la ahora legendaria librería Porrúa Hermanos en las entonces calles del Relox y Donceles, hoy Justo Sierra y República Argentina, en la que destacaba el anuncio “Compramos Bibliotecas”. Con relación a esto, Francisco Porrúa Estrada recordaría cuarenta años más tarde:

Cuando en 1910 abrimos las puertas de nuestro nuevo domicilio, convertidos definitivamente en librereros, contábamos con una abundancia de obras antiguas que, casi es inútil decirlo, recordamos ahora con profunda nostalgia. Llegamos a ver hasta con recelo, el éxito alcanzado por uno de nuestros anuncios, el de: “Compramos Bibliotecas” y algunas de las adquiridas lo fueron, hay que confesar, sólo para hacer honor a nuestra palabra. [. . .] Imponente era la

cantidad de libros, procedentes de bibliotecas, notables algunas no sólo por su calidad, sino por quien las formó; otras por el gran número de volúmenes que contenían. De entre las más importantes compradas en esa primera época, citamos las de Lancaster Jones, de Alamán, de Riva Palacio, del P. García, la de Abadiano y la de Maximiliano Baz, a las que se añadieron algunas de menor renombre o cuantía.²⁴

El trabajo de los Porrúa se reforzó con la colaboración de dos sobrinos, procedentes también de España. En 1918 llega Francisco Pérez Porrúa y en 1921 José Antonio Pérez Porrúa, actual Director General de Librería Porrúa Hnos. y Cía. y de la Editorial Porrúa S. A.²⁵

Tal fue el éxito del comercio de libros de viejo, que los Porrúa se vieron en la necesidad, desde el establecimiento de San Pedro y San Pablo, de publicar Boletines Bibliográficos, con los que trataron de llegar tanto a clientes nacionales como extranjeros, con la posibilidad de que se interesaran por algún título o lote de impresos antiguos, procedentes de diversas bibliotecas personales. A partir de 1908 publican “[. . .] un Catalogo, muy digno ya de este nombre, de 154 páginas, con títulos clasificados por materias y en donde se podían comprar en \$134.00 la *Bibliografía del siglo XVI*,²⁶ y en \$150.00, el Vocabulario²⁷ de Molina de 1571”. Esta fuente de consulta y el Catálogo elaborado por Nicolás León, en octubre de 1915, representaron las principales guías para establecer por mucho tiempo el costo de valiosos acervos de obra antiguas en México, para coleccionistas del interior y exterior del país. Resulta interesante mencionar que en el repertorio de 1915, el Dr. León registró tres joyas bibliográficas mexicanas: el Confesionario bree en la lengua mexicana y castellana, el *Confesionario mayor en la lengua mexicana y castellana* (fig. 4), ambas obras de Fray Alonso de Molina e impresas en 1569 por Espinosa; y el libro litúrgico cantoral intitulado *Graduale dominicale* (fig. 5), editado en 1576.²⁸

Antes de cumplir las dos décadas de compra-vendedores de bibliotecas particulares, los tres hermanos habían publicado, según remembranzas de Francisco Porrúa Estrada, los siguientes catálogos de libros de ocasión:

Nombre	Número de títulos
América y libros antiguos	2,070
Derecho y economía política	1,217
Suplemento I al interior	418
Suplemento II al mismo	575
Filosofía, sociología y pedagogía	502
Historia y literatura en francés	1,430
Agricultora e industria	781
Medicina en francés	541
Medicina en español	251
Ingeniería	983

Así, gracias a la amplia distribución de Boletines y Catálogos, los Porrúa, a través de su librería de antiguo, lograron extender significativamente su ámbito mercantil de libros raros, al grado de captar clientes extranjeros, tanto institucionales, como personales, y establecer contacto con grandes libreros de Europa, a saber: García Rico, Vindel y Suárez de España; Hiersemann de Alemania; Quaritch y Maggs de Inglaterra y Maisonneuve de Francia.

Entre los estudiosos mexicanos, asiduos a visitar en aquellos años la librería de los tres hermanos Porrúa, cabe mencionar a José Ma. de Agreda, Genaro García, José Ma. Vigil, Luis González Obregón, José Landero, Salvador Díaz Mirón, Nicolás León, Luis García Pimentel y otros.

Con el paso de los años, el fenómeno del ir y venir de importantes bibliotecas personales, después del fallecimiento de sus propietarios, fue característica que percibió aquella familia de libreros anticuarios. Al referirse a los acervos de las personalidades señaladas, Francisco Porrúa comentó: "Todos ellos, en su carácter de clientes y con el calor de su amistad, orientaron los destinos de esta Casa, ayudándonos a caminar con pasos seguros por los vericuetos de la bibliografía mexicana, y aun europea. Muchas de las obras vendidas por nosotros y que figuraron en sus ricas bibliotecas, las vimos después en otras manos, o vinieron a parar de nuevo, a nuestros anaqueles".

Acorde al trabajo que desempeñaron los fundadores de la Librería Porrúa en México, es indiscutible su influencia e importancia en el desarrollo y enriquecimiento de diversas bibliotecas personales de insignes mexicanos, y así su papel en la difusión y fomento de la cultura nacional a nivel local e internacional, pero también es preciso aceptar su contribución en la gran disgregación, una y otra vez, de un número incalculable de bibliotecas de esta naturaleza. ¿Cuántos títulos antiguos habrán salido de nuestras fronteras para nunca retornar, a raíz de la compraventa ejercida por los hermanos Porrúa?

Continuando sobre el trabajo de aquellos libreros, es menester mencionar que el comercio de impresos antiguos, a partir de 1919, alcanzó un auge extraordinario. En aquellos tiempos de bonanza era factible rechazar diversos ofrecimientos bibliográficos de particulares pues, según testimonio de uno de los hermanos, "[. . .] los libreros están saturados de libros antiguos. Esta misma Casa suspende, por largas temporadas, la adquisición de bibliotecas y aun la de lotes aislados, porque en sus almacenes existe una positiva superabundancia. Se publican más Catálogos, con mayor cantidad de obras algunos, que los anteriores, pues así lo exigen las circunstancias. Hay que liquidar los fondos acumulados".

Reconociendo el quehacer de los Porrúa para dar a conocer sus existencias, se puede afirmar que una de las aportaciones positivas, digna de admirar, es la edición de los diversos

instrumentos de referencia que a lo largo de los años han diseñado con absoluto rigor bibliográfico. De los que destacan los siguientes: el *Boletín Bibliográfico Mexicano*, editado desde 1940 y que todavía en la actualidad sale bimestralmente para más de 17,000 suscriptores en México y el exterior; *La Bibliografía* que data desde el antiguo establecimiento de San Pedro y San Pablo, en donde se incluía el apartado "Libros de Ocasión", e incorporada a dicho boletín desde 1942 a 1968. De los numerosos catálogos resulta interesante recordar el *Catálogo de libros mexicanos a que tratan de América y de algunos otros impresos en España*, con fecha de 1949.

Por el envío del catálogo mencionado, a diversas instituciones y a figuras intelectuales de la época, nacionales y extranjeras, la Librería Porrúa recibió diferentes cartas de agradecimiento. De las de carácter institucional cabe señalar las remitidas por los organismos siguientes: Instituto Nacional Indigenista, Dartmouth College Library (Hanover-New Hampshire), Biblioteca Benjamín Franklin, Ibero-Amerikanska Institutionen (Suecia), Bernad Quaritch Booksellers (London), Law Library (California); de la correspondencia particular sobresale la de Alfonso Caso, Manuel Gómez Morín, Agustín Loera Chávez, Francisco de Santa maría (gobernador entonces del estado de Tabasco) y Manuel Toussaint. Con el fin de conocer ciertas características que presentaba aquella obra y de mostrar uno de los tantos reconocimientos que recibieron los Porrúa en aquel año, leamos la misiva del mayor historiador del arte colonial de México, Toussaint:²⁹

México, 10 de octubre de 1949

Señores Porrúa Hnos. y Cía.

Presente

Estimados y distinguidos amigos:

He tenido el gusto de recibir un ejemplar de su Catálogo en dos volúmenes que tuvieron la gentileza de obsequiarme [. . .]

Deseo manifestarles, independientemente de mi agradecimiento personal, mi reconocimiento a la alta labor intelectual que representa este Catálogo. No es simplemente una lista de libros con precios, sino que el estudio de cada obra, de cada periódico y de cada folleto ha sido apurado, tanto como se ha podido, de manera que poseemos un repertorio bibliográfico de México que por fuerza debe existir en el escritorio de todo bibliógrafo y de todo bibliófilo. Con el tiempo el Catálogo será citado como una de las fuentes más autorizadas para conocer el acervo bibliográfico de México.

Reciban, pues, la felicitación más sincera de su viejo y cordial amigo.

M. Toussaint.

Atendiendo al tópico del presente estudio, ¿cuál es el papel principal de los repertorios bibliográficos que los Porrúa han hecho durante su larga existencia como libreros anticuarios? Acaso ¿han sido útiles solamente para producir y fomentar la dispersión de bibliotecas personales

a través del comercio sistemático? Posiblemente una respuesta a este cuestionamiento sean las propias palabras que escribió Francisco Porrúa para la nota preliminar del Catálogo de 1949:

Creemos que el Catálogo que circuló en 1931 es, quizás, el más importante de todos los publicados anteriormente. Es, desde luego, el más, copioso. Se registran 2,559 títulos, de los cuales muchos de ellos no volverán a aparecer en el mercado. Se custodian hoy día en Instituciones Oficiales o Públicas, o bien en colecciones privadas que, lo más probable, irán a parar a determinados centros de investigación dando así fin a su tránsito por librerías y catálogos [comerciales].

En efecto, los catálogos de ventas, producto del intenso trabajo librario de los Porrúa, han coadyuvado a rescatar obras antiguas por parte de instituciones bibliotecarias del país, pero, en el otro extremo, también han sido instrumentos de fuga de importantes acervos particulares, totales o parciales, hacia Europa y América del Norte. Después de exponer brevemente el quehacer de aquella Casa, con más de 90 años de experiencia en el gremio, ¿quién duda de la colaboración de los libreros anticuarios y de ocasión en la dispersión de importantes bibliotecas personales?

Independientemente del marco legal en que actúan los libreros anticuarios y de viejo, desde un punto de vista personal, el gobierno debería de legislar al respecto para limitar el comercio de obras que por su antigüedad, valor histórico y cultural deban ser consideradas patrimonio bibliográfico de la nación, pues México ya cuenta con la infraestructura necesaria para albergar estos materiales, como la Biblioteca Nacional y otros centros, que por el tipo de libros que son, sólo deberían estar al alcance de investigadores natos, y no de simples coleccionistas que distan de ser auténticos bibliófilos y estudiosos.

La mutilación de libros antiguos, otro riesgo que corren las bibliotecas personales

Amalia Porrúa, heredera de una vasta bibliografía por sus antepasados libreros, es una persona que se dedica aún a comprar y vender libros antiguos provenientes de varias bibliotecas personales. Los proveedores y clientes pueden ser funcionarios, pintores, escritores, periodistas, etc.; gente que tiene el hábito apasionado de coleccionar material bibliográfico raro y valioso. Porrúa declaró en una entrevista, publicada en *El Nacional*, en mayo de 1993, que pese a la crisis que padece el mercado de libros antiguos, sigue existiendo una clientela elitista; sin embargo, en

ciertos casos este sector de compradores está destruyendo obras que incluyen ilustraciones bellas, leamos:

Estas personas buscan sobre todo libros de lujo, aquellos que tienen grabados y litografías. Esos libros, siempre han sido caros pero ahora más. Han dado lugar a un nuevo coleccionismo cuyo riesgo principal es la mutilación. Como importan las ilustraciones más que el contenido de los libros, desprenden grabados y litografías de volúmenes importantes [. . .] un ejemplo: para los *Anales del Museo*, Velasco hizo algunas litografías. Es un bello volumen que si le arrancas las ilustraciones baja su valor hasta una tercera parte mientras una de sus litografías podrías venderla por encima del costo del libro. Con este tipo de prácticas se desprecia la labor de investigación que realizaron personajes como Orozco y Berra y Genaro García [. . .] el riesgo de nuestras subastas es que no están enfocadas a bibliófilos sino a coleccionistas de antigüedades, [. . .].³⁰

Continuando acerca de la destrucción de libros, Porrúa puntualizó en la entrevista que en los años 40, “los colibrís de Velasco y varias ilustraciones de México y sus alrededores adornaban los muros de las casas. En esa época también se hicieron biombos con pergaminos importantes y las partituras -también de pergamino-- causaron furor porque podían hacer con ellas lámparas muy monas. Uno de los resultados de esa experiencia fue un montón de volúmenes mutilados”.

Observamos entonces que la mutilación, aunada a la diáspora y a la desintegración de ese tipo de acervos, representa otra grave amenaza para la conservación de libros que pertenecieron a diversas bibliotecas de destacados estudiosos mexicanos.

La necesidad de estudiar el fenómeno de las bibliotecas caseras

Hoy en día la creación y el mantenimiento de bibliotecas en el hogar, actividades dignas de elogio y privilegio, continúan practicándose a mayor escala, debido al aumento del número de intelectuales, al crecimiento consecuente y desmesurado del conocimiento y de la producción bibliográfica, y a la gran gama de necesidades de información escrita e impresa en forma de libro y otros soportes documentales similares, de los que destacan las publicaciones periódicas y seriadas.

Resultaría interesante, por ejemplo, levantar una encuesta entre la comunidad de investigadores, profesores y estudiantes de educación superior para saber cuántos de ellas tienen una biblioteca personal. Seguramente la mayoría de los primeros dos sectores, si es que no todos, tienen un lugar y un mobiliario destinados exclusivamente a la conservación de enseres

bibliográficos, más o menos en cantidad y calidad, para el desarrollo de sus tareas académicas, aun y cuando están a su alcance varias bibliotecas universitarias y especializadas.

Acorde a la costumbre cultural de crear y desarrollar este tipo de espacios bibliográficos en nuestros hogares, merece señalar en esta ocasión que las actuales bibliotecas personales o de particulares no han sido objeto de estudio y de investigación en México, desde una perspectiva bibliotecológica. En los planteles educativos nacionales consagrados a formar cuadros profesionales de bibliotecólogos, entre los que destacan el Colegio de Bibliotecología de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM y la Escuela Nacional de Biblioteconomía y Archivonomía de la Secretaría de Educación Pública, es común el estudio y análisis de todo género de bibliotecas institucionales (públicas, escolares, infantiles, universitarias, especializadas y nacionales), pero las de naturaleza casera familiar se han venido omitiendo, no obstante: 1) el gran número que existen de ellas en nuestro territorio, 2) la oportunidad que en ocasiones los egresados de dichas escuelas tienen para organizar algunas colecciones bibliográficas de este género, 3) la posibilidad de que varias de éstas pasan tarde o temprano, por donación o compra, a formar parte de los acervos especiales de los centros bibliotecarios de diversos organismos, públicos o privados, sin la menor organización catalográfica y clasificatoria que predomina en aquellos, 4) el impacto que tienen en la formación y el quehacer intelectual de sus propietarios, y de éstos en el ámbito social, político, técnico y científico del país, y 5) el problema de la fuga al extranjero o disgregación de valiosas bibliotecas de esta índole, como anteriormente se expuso.

Esta carencia de conocimientos ha propiciado que a la fecha no se tengan investigaciones y estudios que reflejen ideas globales y sistemáticas sobre esta clase de recintos bibliográficos, tan necesarias para comprender características como, por ejemplo, el origen, el desarrollo, la consolidación, la fusión con otras bibliotecas particulares o institucionales, y el riesgo de desintegración o evacuación fuera del país de este género de bibliotecas; entre otros aspectos inherentes a crear un cuerpo de opiniones, juicios y críticas que permitan formar una teoría general acerca de la gran diversidad de bibliotecas personales que se encuentran diseminadas en el territorio mexicano.

Es decir, no se trata ya de limitarse sólo a realizar estudios de caso, pues éstos abundan más o menos en cantidad y calidad, sino de analizar en conjunto una muestra representativa de bibliotecas caseras y distinguir tantas variables como sea posible, con el propósito de fincar lineamientos generales y específicos que permitan preparar un escrito en donde se planteen aspectos diversos y ayude a comprender el fenómeno de las bibliotecas personales.

En la escasa literatura referente al tema que nos ocupa, existe un artículo interesante de Huarte Morton,³¹ en el que expone un plan de investigación sobre las bibliotecas particulares españolas durante los siglos XVI al XVIII. De acuerdo con las opiniones que emite el autor, quizá

sea uno, y posiblemente el único, de los documentos que se pueda tomar como punto de partida para señalar algunas de las diferentes fuentes y variables de indagación del trabajo que se propone en este rubro. Huarte menciona que para estudiar las bibliotecas personales es menester recurrir a las fuentes siguientes:

- 1) Hallazgos "arqueológicos" de una colección privada de libros, o de un libro en especial de una biblioteca particular.
- 2) Procedencia de los diversos títulos de la biblioteca particular, según sus características bibliográficas, por ejemplo, tipo de encuadernación, tipografía, etcétera.
- 3) Catálogos de esa naturaleza de bibliotecas, hechos por sus dueños o herederos.
- 4) Catálogos de librerías anticuarias y de viejo que las hallan comprado.
- 5) Inventario de colecciones de libros, como inventarios testamentarios en donde se registran según la distribución del acervo en los estantes.

Desde una perspectiva personal, agregaría el respecto: los escritos sobre estudios de caso, como los que se citan a lo largo de este trabajo, y las publicaciones especializadas que más adelante se reseñan; así como las entrevistas que se puedan hacer a familiares, herederos y compradores; sin olvidar las observaciones directas a las bibliotecas personales que se encuentran tanto en las salas de colecciones especiales de una gran diversidad de centros bibliotecarios institucionales como las que se conservan en los hogares de los herederos. Una vez identificadas las posibles fuentes de consulta, es necesario plantear los aspectos a estudiar e investigar. En este sentido Huarte menciona los siguientes:

- Identificación de los libros citados en fuentes.
- Reconstrucción de las colecciones actualmente dispersas, a través del examen de las procedencias de los libros, entre otros medios.
- Apreciación del valor cultural de las colecciones, como la calidad literaria, el mérito artístico, el valor científico.
- Clasificación de los bibliófilos o estudiosos, poseedores de bibliotecas

- Quehacer bibliotecológico, tal como la ordenación de los libros, sus catálogos, sus bibliotecarios privados, etcétera.
- Suntuosidad y riqueza de las encuadernaciones.
- Mobiliario y local.
- Régimen, es decir, instalación y uso de la biblioteca para la posteridad.
- Origen, por herencia, compra y/o donación.
- Destino, según disposición testamentaria o ausencia de ésta.

Se puede decir que las fuentes y las variables de estudio que propone Huarte para investigar las bibliotecas de particulares, están en relación a las características de los acervos bibliográficos que pertenecieron a una amplia gama de estudiosos españoles que vivieron en los siglos XV al XVIII. No obstante, las reflexiones de dicho autor son válidas para extrapolarlas a la situación mexicana. Sin embargo, es necesario buscar más fuentes de apoyo y pensar con absoluto rigor los diferentes aspectos a indagar, con el fin de sistematizar las abstracciones pertinentes, para hallar y ordenar más puntos generales y específicos, tratando de vincularlos o aislarlos, para así aportar una teoría clara, representativa y confiable.

Otros aspectos que sería importante investigar son, por ejemplo, el estado de conservación de los volúmenes y las huellas materiales que presenta la colección documental, como las marcas que en ocasiones hacen los propietarios como parte de sus hábitos de estudio. Con relación a esto último cabe mencionar el trabajo del escritor ruso Yuri Páporov³² sobre las acotaciones que hizo León Trotsky en los libros de la biblioteca que formó en su casa de Coyoacán, durante su estancia en México (dic. 1936 - ago). 1940). Esta investigación bibliográfica, interesante y novedosa, es muy posible que sea la primera de esta naturaleza en nuestro país. Un requisito, sin embargo, indispensable para estudiar las marcas en los acervos documentales de particulares es el relacionado con los conocimientos que se deben tener sobre las lecturas que se analicen y la obra intelectual de los propietarios. De esta forma, la técnica de indagación de Páporov puede considerarse para estudiar bibliotecas de figuras notables mexicanas que también hayan tenido la costumbre de hacer notas en sus libros.

De acuerdo a la magnitud del trabajo de estudio y análisis que significa desarrollar un escrito para desarrollar una teoría general sobre las bibliotecas personales, considero que puede ser labor de una línea nueva de reflexión en alguna de las instituciones consagradas al quehacer de la investigación como, por ejemplo, el Instituto de Investigaciones Bibliográficas o el Centro Universitario de Investigaciones Bibliotecológicas, ambas dependencias de la UNAM.

La escasa bibliografía sobre las bibliotecas personales, recurso indispensable para estudiarlas

En virtud de la problemática expuesta, para emprender estudios concernientes a explotar y conocer las peculiaridades de las bibliotecas personales, es necesario contar con cierta base documental que permita iniciar investigaciones que ayuden a plantear principios teóricos para construir lineamientos generales, expresar semejanzas y diferencias, e impactos de diversa magnitud y naturaleza, etc. Considero que para tal efecto la obra intitulada *Casas-biblioteca de mexicanos: bibliotecas privadas*,¹³ coeditada entre el Instituto de Investigaciones Bibliográficas de la UNAM y el Gobierno del Estado de Guerrero, puede contribuir en cierta manera para empezar a identificar y definir las primeras variables de estudio y análisis de estos espacios bibliográficos, hasta hoy olvidados por la educación y la investigación bibliotecológicas.

Dicho libro ofrece interesantes comentarios de 30 bibliotecas personales de insignes estudiosos mexicanos en varias áreas del saber como son las letras, las artes, la política, la medicina, las ciencias naturales y las físico-matemáticas. En orden de aparición en la obra, se presentan las reseñas de las bibliotecas de Manuel Alcalá, Carlos Bosh García, Néstor de Buen Lozano (español), Ignacio Burgoa Orihuela, José Campillo Sáinz, Gonzalo Celorio, Salvador Corrales Ayala, Martha Chapa, Alí Chumacero, Jorge Flores Valdez, Beatriz de la Fuente, Andrés Henestrosa, Miquel de la Madrid Hurtado, Hugo Margáin Gleason, José Luis Martínez, Jorge L. Medellín, Federico Ortiz Quesada, Mario Pani, Ruy Pérez Tamayo, José Francisco Ruiz Massieu, Fernando Salmerón, Carlos Sánchez-Mejorada, Juan Sánchez Na-varro, José Sarukhán Kérmez, Andrés Serra Rojas, Rafael Solana, Luis Mario Schneider, Guillermo Tovar y de Teresa, "José C. Valadés" (de Patricia Galeana y Diego Valadés), y Elisa Vargaslugo.

A los comentarios que los propietarios hacen sobre varios aspectos de sus bibliotecas, se incluye una breve semblanza que ayuda a conocer ciertas características curriculares de los mismos. Cabe mencionar que la investigación y textos, hechos éstos a base de la técnica de la entrevista, se deben a Francisco Márquez Páez. El material fotográfico, a color y en blanco y negro, fue labor de Pedro Cuevas. El prólogo, a cargo de Mario Melgar, es abundante en prosa e interesante en conocimientos, pues refleja íntegramente el objetivo y las características de la obra.

Como es obvio, en *Casas-biblioteca de mexicanos* fue imposible incluir a todas aquellas que merecían estar. Por tal motivo, según planes de los editores, se trata de un primer volumen al que seguirán otros. Ojalá que así sea, donde se presenten no sólo las bibliotecas personales de estudiosos con estadía en la capital, sino también de los que se encuentran en el interior de la República.

Otra obra que puede ser de utilidad para hacer estudios sobre el fenómeno relacionado a las bibliotecas particulares es la que lleva por título *Biblioteca personal: 51 escritores*,³⁴ compilada por Javier Aranda Luna. Se trata de una serie de entrevistas hechas exclusivamente a literatos para detectar el tipo de lecturas que practican, entre otros aspectos que en el transcurso del trabajo fueron abordándose. Los diferentes textos de los autores entrevistados se prepararon con el fin de que se publicaran en el suplemento denominado *La Jornada de los Libros*, dirigido entonces (1988) por Fernando Benítez y coordinado por José María Pérez Gay; sin embargo, no fue factible porque el suplemento desapareció. Así se originó la edición de *Biblioteca personal*. Los objetivos iniciales eran, para mejorar la calidad de dicho suplemento, hacer una guía de lectura al público de *La Jornada*, basándose en la premisa que los escritores son excelentes lectores, y ofrecer un panorama mínimo sobre la que lee un sector de la intelectualidad en México.

Como era natural, por los fines culturales que perseguía Aranda, algunos de los autores que accedieron a la entrevista en sus conversaciones brindaron información de interés sobre las bibliotecas que tienen en su hogar. Cabe agregar que de los 51 escritores que incluye *Biblioteca personal*, 41 son mexicanos y 10 extranjeros con residencia desde hace tiempo en nuestro país.

Asimismo, al inicio de cada caso, se presenta una nota breve a pie de página con los datos siguientes: nombre del literato, género literario que trabaja (poeta, ensayista, periodista, narrador, historiador y dramaturgo), lugar y año de nacimiento, y los principales títulos que ha publicado.

Entre los escritores mexicanos que manifiestan comentarios de importancia para hacer interpretaciones teóricas acerca del tema que nos ocupa, destacan: German List Arzubide, poeta, ensayista y periodista poblano; Elías Nandino, Poeta jalisciense; Andrés Henestrosa, narrador y ensayista oaxaqueño; Fernando Benítez, narrador, historiador y periodista nacido en la ciudad de México; Octavio Paz, poeta y ensayista del D. F.; Ricardo Garibay, narrador y periodista hidalguense; Jaime García Terrés, poeta y ensayista del D. F.; Inés Arredondo, narradora y ensayista sinaloense; Juan García Ponce, narrador y ensayista de Yucatán; Vicente Leñero, narrador, periodista y dramaturgo jalisciense; Francisco Cervantes, poeta, narrador y ensayista nacido en Querétaro; Federico Campbell, escritor y periodista nacido en Baja California; David Huerta, poeta, periodista y ensayista del D. F.; Ángeles Mastretta, narradora poblana; Sergio González Rodríguez, narrador y ensayista nacido en el D. F.; José Joaquín Blanco, poeta y ensayista nacido en el D. F.; Carmen Boullosa, narradora y dramaturga del D. F.; Hermann Bellinghausen, poeta y periodista del D. F.; Juan Villoro, narrador nacido en el D. F.; y Rafael Pérez Gay, narrador y ensayista del D. F.

Por lo que respecta a escritores extranjeros cabe mencionar a: Álvaro Mutis, poeta y narrador colombiano; Ramón Xirau, poeta y ensayista español; Tomás Segovia, poeta y ensayista español; Elena Poniatowska, narradora y ensayista francesa; y Gerardo Deniz, poeta español.

En la compilación de Aranda podemos encontrar consideraciones básicas e íntimamente relacionadas con el origen y desarrollo de las bibliotecas personales, tales como: hábitos de lectura y relectura, tipos y objetivos de las lecturas, concepciones diversas en torno al libro y su lectura, reflexiones sobre las necesidades de adquisición y prácticas de ordenamiento de los acervos bibliográficos, según su propietario.

Para identificar los comentarios pertinentes en las obras señaladas, materia prima para hacer un escrito teórico sobre las bibliotecas de particulares, es necesario realizar un seguimiento de línea por línea, de párrafo por párrafo para extraer ideas que nos ayuden a plantear un estudio inicial, de carácter general, el cual permita emprender otros en donde se logren plantear aspectos más profundos y específicos, y reafirmar los generales.

Biblioteca personal es una obra modesta en comparación con *Cosas- biblioteca de mexicanos*, pues mientras esta última es una edición de lujo y presenta un contenido más específico con relación al tópico, la primera es una publicación más sencilla en su hechura física e intelectual. No obstante, es recomendable el análisis de ambos libros, entre otros,³⁵ como posibles fuentes para empezar estudios e investigaciones que nos permitan fundamentar un cuerpo de conocimientos sistemáticos sobre las bibliotecas particulares de ayer y, principalmente, de hoy.

Referencias y Notas

¹ Benassy-Berling, Marié-Cécile, "Las lecturas de Sor Juana", en *Humanismo y religión en Sor Juana Inés de la Cruz*, México, UNAM, 1983, pp. 104-117.

² Trabulse, Elías, *Los manuscritos perdidos de Sigüenza y Góngora*, México, El Colegio de México, 1988, pp. 13-14.

³ Cruz, Salvador, "Un bibliófilo del siglo XVII: el licenciado Flores de Valdés", en *Boletín de la Biblioteca Nacional*, tomo XVI, nos. 3 y 4 (jul.-dic., 1965), pp. 51-53.

⁴ Herrejón Peredo, Carlos, "Benito Díaz de Gamarra a través de su biblioteca", en *Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas*, Segunda época, no. 2 (1988), pp. 149-189.

⁵ Frías, Martha Alicia, "La biblioteca de Nueva España", en *Anuario de Bibliotecología*, época IV, año 4, (1983), pp. 233-278.

⁶ Trabulse, Elías, 'Los libros científicos en la Nueva España, 1550-1630', en *Cincuenta años de historia en México: en el cincuentenario del Centro de Estudios Históricos*, vol. 2, México, El Colegio de México, 1991, pp. 7-31.

⁷ Véase por ejemplo: Eguiara y Eguren, Juan José de, *Prólogos a la Biblioteca Mexicana*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984, 301 pp; Millares Carlo, Agustín, *Cuatro estudios biobibliográficos mexicanos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986, 62 pp.; Fernández del Castillo, Francisco (comp.), *Libros y libreros en el siglo XVI*, México, Archivo General de la Nación, Fondo de Cultura Económica, 1982, 607 pp.

⁸ González Obregón, Luis, "José Fernando Ramírez (Hidalgo del Parral, Chihuahua; 5 de mayo de 1904-Bonn, Alemania, 4 de marzo de 1871)", en *Boletín bibliográfico Mexicano*, año X, nos. 111-112 (mar.-abr., 1949), pp. 4.8.

⁹ Iguíniz, Juan B, "El éxodo de documentos y libros mexicanos al extranjero", en *Disquisiciones bibliográficas: autores, libros, bibliotecas, artes gráficas*, México, UNAM, 1987, pp. 115-135.

¹⁰ Para el estudio de las bibliotecas particulares de la época barroca y del periodo ilustrado véase: Osorio Romero, Ignacio, *Historia de las bibliotecas novohispanas*, México, SEP, Dirección General de Bibliotecas, 1986, pp. 45-61 y pp. 126-137. El autor menciona de la época barroca las bibliotecas de: Bartolomé González, Francisco Alonso Sosa, Alfonso Núñez, Melchor Pérez de Soto, Sigüenza y Góngora y Sor Juana Inés de la Cruz; del período de la ilustración comenta las

bibliotecas personales de: Juan José de Eguiara y Eguren, José Ignacio Bartolache y Antonio de León y Gama.

¹¹ Iguíniz, Juan B., "Monseñor Valverde Téllez: bibliófilo y bibliógrafo", en *Disquisiciones bibliográficas: autores, libros, bibliotecas, artes gráficas*, México, UNAM, 1987, pp. 45- 55. Sobre esta biblioteca particular se sabe que el 24 de octubre de 1951 se firmó, en la ciudad de México, la escritura de compraventa entre las sobrinas do don Emeterio, las señoritas Mercado Valverde, y el Patronato Universitario de Nuevo León. Dicha biblioteca contaba con veinte mil volúmenes y actualmente se conserva, para fortuna de los estudiosos mexicanos, en la Capilla Alfonsina en la Biblioteca Central de la Universidad de Nuevo León. Para mayor detalle véase: Pérez Martínez, Heron, "Bio-bibliografía de un bibliógrafo mexicano: Emeterio Valverde Téllez", estudio introductorio a la obra facsimilar de Valverde Téllez, Emeterio, *Bibliografía filosófica mexicana*, Zamora, Mich., El Colegio de Michoacán, 1989, 2 v.

¹² Chávez, Ezequiel A., "Nicolás León (1859-1929)", en *Boletín Bibliográfico Mexicano*, año VIII, no. 85 (ene., 1947), pp. 3-10.

¹³ González Obregón, Luis, 'La biblioteca de don Luis González Obregón, según carta inédita de él misma don Genaro Estrada", en *Boletín de la Biblioteca Nacional*, tomo VIII, no. 2 (abr.-jun., 1957), pp. 3-15.

¹⁴ Iguíniz, Juan B., "Don Genaro Estrada: bibliófilo y bibliógrafo", en *Disquisiciones bibliográficas: autores, libros, bibliotecas, artes gráficas*, México, El Colegio de México, 1943, pp. 135-145.

¹⁵ Palacios Goya, Cynthia, "Treinta kilómetros de registro histórico", *El Nacional* (feb. 20, 1993), p. 12.

¹⁶ "Juan Ruiz de Alarcón en bibliotecas alemanas", en *Intercambio Académico*, nos. 40/41 (mayo-junio, 1993), p. 6.

¹⁷ Fernández de Córdoba, Joaquín, *Tesoros bibliográficos de México en Los Estados Unidos*, México, Editorial Cultura, 1959, 151 pp. A propósito, la biblioteca de Fernández, compuesta por cerca de doce mil volúmenes, la adquirió el gobierno del estado de Michoacán en la administración de Carlos Torres Manzo; sin embargo, fue dividida: 5,830 volúmenes pasaron a crear el Fondo Fernández de Córdoba de la Biblioteca "Eduardo Ruiz" del H. Congreso del Estado de Michoacán, inaugurada en mayo de 1979. Los otros 5,830 volúmenes fueron donados por el gobernador Torres Manzo al Colegio de Michoacán que se encuentra en la ciudad de Zamora. Datos recogidos de: Fernández de Córdoba, Joaquín, *Verdadero origen de la imprenta en Morelia*, Morelia, Mich., Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 1983, p VI.

¹⁸ Fischer, originario de Ludswigsburg, Alemania (1825) y cura interino de la Iglesia de San Cosme. Murió en México en 1887.

¹⁹ Perales Ojeda, Alicia, "Problemas de destrucción y desarraigo en la bibliografía de México", en *OMNIA*, año 4, no. 10 (mar., 1988), pp. 57-70.

²⁰ Teixidor, Felipe, *Exlibris y bibliotecas de México*, México, Imprenta de la Secretaría de Relaciones Exteriores, 1931, p. 15.

²¹ Alatorre, Antonio, "Los libros de México en el siglo XVI", en *Cuadernos Americanos*, año XIV, vol. 79, no. 1 (ene.- feb., 1955), pp. 219-226.

²² Quintana, José Miguel, "Correspondencia del Dr. Nicolás León", en *Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas*, nos. 14-15 (1977-1978), pp. 73-478, véase principalmente pp.73-478.

²³ Henestrosa, Andrés, "Las bibliotecas, tesoro que debe conservarse", en *Vagabundo: suplemento de El Nacional*, no. 210 (mar. 17, 1993), p. 2. Los demás comentarios que incluyo de Henestrosa son de este mismo artículo.

²⁴ Porrúa Estrada, Francisco, "Nota preliminar al Catálogo de libros Mexicanos o que tratan de América y de algunos otros impresos en España", en *Boletín Bibliográfico Mexicano*, año XI, nos. 121-122 (ene.-feb., 1950), pp. 4-11. Todas las citas textuales del apartado "Los librereros anticuarios y de viejo" que no presentan número de referencia bibliográfica, son referentes a este documento.

²⁵ Leyva, Ángel, "Porrúa, editorial y librería: entrevista con José Antonio Pérez Porrúa", en *Libros de México*, no. 3 (abr.-jun., 1991), pp. 15-16.

²⁶ Se trata de la magna obra de Joaquín García Icazbalceta publicado por primera vez en 1886. Editado posteriormente, en 1954 y 1981, por el Fondo de Cultura Económica, bajo el cuidado de Agustín Millares Carlo, distinguido bibliógrafo. Véase al respecto: Bosque Lastra, Margarita. "Bibliografía mexicana del siglo XVI, la obra centenaria de un gran bibliógrafo", en *Libros de México*, no. 5 (oct.-dic., 1986), pp. 47-48.

²⁷ Se refiere al libro *Vocabulario en lengua castellana y mexicana*, de Fray Alonso de Molina, editado por Antonio de Espinosa.

²⁸ Para el estudio de estas obras véase: Valtón, Emilio, *Impresos mexicanos del siglo XVI*, México, Imprenta Universitaria, 1935, pp. 65-66 y 123-146. Con relación a la obra *Graduale Dominicale*, el autor apunta a pie de página: "[...] ha sido también anotada por el doctor Nicolás León, en un suplemento al catálogo 49, año 1915, de la librería de los señores Porrúa Hnos.", p. 133.

²⁹ “Selección de cartas, artículos y comentarios periodísticos referentes a la publicación del Catálogo-Aniversario”, en *Boletín Bibliográfico Mexicano*, año XI, nos. 121-122 (ene.- feb. 1950). Pp. 12-25.

³⁰ Aranda Luna, Javier, “Libros antiguos, un diálogo con los muertos”, en *El Nacional*, (mayo 14, 1993), pp. 9-10.

³¹ Huarte Morton, Fernando, “Las bibliotecas particulares españolas de la edad moderna”, en *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, tomo LVI, no. 2 (1955), pp. 555-576.

³² Páporov Kerevitz, Yuri, *León Trotsky leyendo a Descartes y Vandervelde*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Instituto del Derecho de Asilo y las libertades Públicas, 1993, 109 pp.

³³ *Casas-biblioteca de mexicanos: bibliotecas privadas*, México, Instituto de Investigaciones Bibliográficas-UNAM, Gobierno del Estado de Guerrero, 1992, 151 pp.

³⁴ Aranda Luna, Javier, comp., *Biblioteca personal: 51 escritores*, México, Cal y Arena, 1989, 126 pp.

³⁵ Por ejemplo: Huarte Morton, F., *Los libros de casa: formación y cuidado de una biblioteca*, Madrid, Confederación Española de Gremios y Asociaciones de Libreros, 1985.